

LA CALLE ES ANCHA.

Por: **Moisés Pineda Salazar**. Especialista en Sociedad y Cultura. Universidad Simón Bolívar.

Yo, Rafael Ignacio De Campbell, recuerdo aquella tarde del 10 de febrero de 1924 en la que el Jurado de la Junta Calificadora de Disfraces Infantiles me distinguió con el Primer Premio por la representación que hice del “*Teatro Colombia*”, preparada para mí por Don Enrique A De Castro, ilustre crisógrafo residenciado en Bogotá y varado en Barranquilla por el estiaje del Río Magdalena¹.



Esa tarde de carnaval que hilvano con estos recuerdos, en el pretil alto de la casa sita en el crucero del callejón de California con la Calle de Jesús, Juan Cera y mi padre-William De Campbell- compartían una botella de gordolobo² y los recuerdos que les eran comunes.

A pesar de sus disimiles procedencias sociales, William De Campbell- al que apodaban “*milcuatrocientos*”- siendo hijo de una familia de modesta fortuna de inmigrantes irlandeses, al igual que Juan Cera -de humildes orígenes-, los dos eran sobrevivientes de las guerras civiles de fin del siglo.

Ambos eran liberales y compartían la profunda amistad que nació de la convivencia en los cuarteles y del compadrazgo con Elías Fontalvo Jiménez, del cual Cera era vecino en el Barrio Arriba. Él residente en la Calle Almendra entre Hospital y Concordia, Fontalvo en la de La Cruz Vieja entre Hospital y San Roque.



Luego del mediodía del lunes de Carnaval de 1934, veían pasar *La Danza El Torito Arribeño* conducida por el joven Campo Elías Fontalvo, porque el compadre Elías, tan viejo como ellos dos, era caído en cama y ya no estaba para esos trotes³.

Habían estado el día anterior en el Paseo Colón y conversaban sobre la profusión de “*Palacios Carnavaleros*” que se alineaban a lo largo de la calle.

¹ **DIARIO DEL COMERCIO**. Edición del 13 de febrero de 1924. Pág. 2. “*Un artista crisógrafo*”

² **CARDENAS DE LA OSSA**, Jesús. “*Lexicón del Caribe*”. Editorial Antillas. Barranquilla. 2000. *Gordolobo*: ron de contrabando.

³ Elías Fontalvo Jiménez, fundador de La Danza El Torito, murió el 25 de mayo de 1934.

Así llamaban ampulosamente a aquellos tenderetes hechos con retales de madera que tenían tres lados cerrados y uno abierto hacia la calzada, dentro de los cuales, como cualquier sukut de los que armaba en el patio de su casa el Señor Jacob Senior en el Callejón de San Roque, en estos del Paseo Colón, se bailaba, se comía, se bebía y los hombres- a pesar de las disposiciones municipales sobre tales baños- meaban en un galón de latón de aquellos en los que se envasaba la manteca de cerdo.

La caldereta la disponían en el piso en un espacio improvisado, limitado por una cortina de cretona estampada, sostenida precariamente por una cuerda de curricán.

Cuando el galón rebosaba de orines, no faltaba el borracho que lo pateaba vaciando el contenido en el suelo para el soez regocijo de los gañanes.

Tum tum tatatá... Tum tum tatatá...tronaban los tambores

Chaz, chaz, chaz, respondían las maracas.

Por encima de ambos se quejaban las gaitas.



Recordaban que por los años de 1924 el olor a berrenchín era producido, no tanto por los orines absorbidos por las arenas del Paseo Colón, como lo llamaban por entonces al antiguo Camellón, que el sol hacía exhalar como vapores brotando de la tierra, sino por los litros que corrían calle abajo, desde el Callejón de Pacho Palacio hasta el de La Niña China, producto del desaforado consumo de cervezas. Y, desde allí, hasta la Calle Real, para drenar

en la Ciénaga, porque los mingitorios del Bar “*La Bola Roja*”, los de “*La Estrella*” y los de las cantinas aplebeyadas que se vinieron desde Tacunga hasta El Centro con sus máquinas de música, no daban abasto ni siquiera para el corro de ebrios que lanzaban alaridos al compás del bombo, de los pitos y flautines agrillados de los jazz groseros de aquellos bares de mala muerte que en Progreso, entre San Blas y San Juan, con su ruidaje infernal *chinchin boom bom -chinchin boom bom* de la charanga y el pandemónium de las peloterías entre palos y palabrotas, no dejaban escuchar lo que se afanaba por cantar un artista travesti en el escenario del vecino Teatro Cisneros⁴.

Toda la antigua Calle Ancha, desde el Cuartel, era un solo urinario alimentado por los centenares de millares de cervezas *Bolívar*, *San Nicolás* y *Toro Negro* que se enfriaban en neveras de palo, o en bidones metálicos cortados por la mitad, rellenos con bloques de hielo, aserrín y cascarilla de arroz.

⁴ **DIARIO DEL COMERCIO** Edición del 31 de enero de 1924. Pág.2. “*En un bar del Centro*”. Edición del 4 de febrero de 1924. Pág.2.” *Una protesta*”.

Aquellos enfriadores debieron recordarle y darle motivos a un joven vecino del lugar que vivía en el Hotel Regina, que trabajaba en el periódico local y que calmaba sus pasiones con las putas del Callejón Ribón, para que, en su madurez, treinta años y cuatro meses después, escribiera un introito en el que cuenta cómo un culicagao llegado desde La Provincia de Padilla y llamado Aureliano, llevado de la mano por el octogenario abuelo sobreviviente de las guerras civiles, pudo conocer el hielo⁵.

Ocho lustros después de aquello, él mismo se desdobló como un periodista nonagenario que deambulaba por esa misma calle, renombrada como Paseo Bolívar, en busca de unas putas tristes, cuando ya ellas habían abandonado aquel lugar, para siempre y a él, como a mí, se nos da por llamar a cualquier Rosa Cabarcas, para conseguir una doncella que nos hiciera sentir vivos cuando la mayoría de la gente, a nuestra edad, ya está difunta⁶.

Todo ha desaparecido.



Los pretenciosos “*Palacios Carnavaleros*” copiados de los que todavía perviven en la Plaza de Marte en Santiago de Cuba, y que son en realidad unos tenderetes con techos de palma, adornados con festones y guirnaldas de colores, hechas con papel o retazos de tela, se esfumaron.

Las bancas armadas con estibas del puerto por los carpinteros del Camino a Soledad terminaron alimentando anafres portátiles, hechas cenizas.

Los maricas que defendían su fama a trompadas en las cuadrillas de las danzas de Kongos como “*El Perro Negro*” y “*El Garabato*”, inspirados por Mirko, un travesti argentino que cosechaba aplausos y dinero en Barranquilla, fueron desplazados por seres femeniles y frágiles que decidieron protegerse detrás de espejos, hilos, agujas y maniqués en el taller de modistería a cargo de los herederos del Señor Jacob Pardo en el Callejón Ricaurte, o cantando cuplets, tangos y rutinas de varietés en el Teatro Cisneros, lejos de la calle, dejando el negocio de los hombres concupiscentes en manos de mujeres de vida airada que desde entonces se disputan su clientela a navajazos.

Diez años después, los pickups reemplazaron a las victrolas y a las grafonolas con motor de resortes y maniguetas.

Pero ellos, con sus discos de acetato, con su música raspacanillas y con sus arrumes de agujas desechables, se acallaron cargando el sambenito de ser un

⁵ GARCÍA MÁRQUEZ, Gabriel. “Cien años de soledad”. Capítulo I. https://www.secst.cl/upfiles/documentos/19072016_1207am_578dc39115fe9.pdf

⁶ GARCÍA MÁRQUEZ, Gabriel. “Memoria de mis putas tristes”. Págs. 5- 14, http://biblio3.url.edu.gt/Libros/put_tris.pdf

imán para delincuentes y habituales de los fumaderos de opio que se alineaban en el Callejón del Crimen.



La Calle Ancha en Carnaval, es solo un recuerdo que muere con cada uno de aquellos que, como mi padre- William De Campbell-, Juan Cera y Elías Fontalvo, concurrían a los lugares a sudar la gota gorda durante tres días enteros con sus noches, convencidos de que era verdad la publicidad que en *El Diario del Comercio* afirmaba que el Whisky Black & White es un excelente licor que sirve hasta de alimento.

“*El Toro Mono*”, un ganadero vecino de Palmar de Varela, juraba que había durado tres días sin almorzar y sin comer tomando solamente whisky

por agua ordinaria, sin consecuencias⁷.

Juan Cera recordaba que con Escolástica Sandoval y sus hijos mayores Reyes y Antonio con su esposa Bertha Amarís, creyendo a pie juntillas aquella historia, emprendieron el sábado por la noche la aventura etílica durante los días del carnaval de 1924 para terminar culpando de la intoxicación a la sarta de huevos de iguana que le compraron a alguno dentre las decenas de vendedores que recorrían la vía, como podían y se lo permitía el gentío, compitiendo con los de butifarras traídas desde Soledad.

Cera recuerda que, de aquel envenenamiento colectivo, él fue el más afectado. Tanto, que temió morir e irse a acompañar a su Jefe, el General Benjamín Herrera, en cuyo honor bebieron dos de las tres jornadas y que, al igual que el Partido Radical, había sido enterrado un Domingo del Carnaval en Bogotá⁸.

Por ello, solicitó la extremaunción y ser casado “*in articulo mortis*” con Escolástica, luego de cuarenta años de ayuntamiento⁹.

El Padre Carlos Valiente bendijo la unión en la Sala del Hospital de Caridad el martes del carnaval, al mediodía. Por este motivo, no pocos consideraban que aquel matrimonio había sido un disfraz para “*La Conquista*”, como disfraz fue el del Liberal Doctor Sojo Carmona, el padre de la Reina del Carnaval, que se fue para Paris y no para Bogotá donde su jefe agonizaba.

Aquellos vendedores, con sus rosarios de huevos y embutidos, anudados con hilo calabrés, fueron reemplazados por los que, lejos de allí, en esquinas y sardineles han instalado hornillas portátiles cargadas con carbón de palo donde ofrecen brochetas asadas en varillas de latas de corozo, hechas con cebolla, tomate y carne de burro adobada, para gentes de estómago duro.

⁷ **DIARIO DEL COMERCIO** Edición del 30 de enero de 1924. Pág.4. “*Un nuevo alimento*”.

⁸ **EL TIEMPO**. Edición del 3 de Marzo de 1924. Pág. 1 ss.

⁹ **DIARIO DEL COMERCIO**. Edición del 31 de enero de 1924. Pág 2.